LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

STEFAN ZWEIG

Carta de una desconocida



Texto original en español

LECTURA COMPLETA · Nº 111

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA · LECTURA COMPLETA

STEFAN ZWEIG

Carta de una desconocida

Texto original en español

Carta de una desconocida, de Stefan Zweig. Texto original en español. Texto de dominio público.

Transcripción de Wikisource, publicada bajo licencia Dominio público. Esta edición, con su división en capítulos, títulos y resúmenes, se publica bajo la misma licencia.

Edición de La Biblioteca Filosófica. Léela también online, con marcapáginas, en labibliotecafilosofica.com/leer/carta-de-una-desconocida-stefan-zweig/.

Sobre esta obra

Un escritor famoso de Viena recibe una carta el día de su cumpleaños. La escribe una mujer que acaba de perder a su hijo y que le cuenta la historia de toda su vida: a los trece años se enamoró de él, que era su vecino, y nunca dejó de amarlo.

Se respeta la ortografía de la edición original, por eso verás «á» como preposición o «ménos» con tilde.

Índice

1. Stefan Zweig
2. Carta de una desconocida
3. Fin. ¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

01

Stefan Zweig

Empieza: «»

Publicado: 1922 Fuente: https://www.projekt-gutenberg.org
Traducción: Elejandría

02

Carta de una desconocida

Empieza: «Cuando el conocido novelista R. regresó a Viena una mañana temprano, tras una reconfortante excursión de tres días por la montaña, y...»

Cuando el conocido novelista R. regresó a Viena una mañana temprano, tras una reconfortante excursión de tres días por la montaña, y compró un periódico en la estación, apenas hubo ojeado la fecha se dio cuenta de que era su cumpleaños. El cuadragésimo primero, recordó rápidamente, y esta constatación no le produjo ni placer ni dolor. Hojeó con desinterés las crujientes páginas del periódico y tomó un automóvil de alquiler hasta su apartamento. El mayordomo le informó de dos visitas y algunas llamadas telefónicas durante su ausencia, y le presentó en una bandeja la correspondencia acumulada. Miró el correo con displicencia, rasgó un par de sobres que le interesaron por sus remitentes; una carta, de caligrafía extraña y que parecía demasiado voluminosa, la dejó a un lado por el momento. Mientras tanto, le habían servido el té; se reclinó cómodamente en su sillón, volvió a hojear el periódico y algunos impresos; luego encendió un cigarro y tomó la carta que había apartado.

Eran unas dos docenas de páginas escritas apresuradamente con una caligrafía femenina, extraña e inquieta; más un manuscrito que una carta. Instintivamente, volvió a palpar el sobre, por si se

hubiera olvidado en él alguna nota adjunta. Pero el sobre estaba vacío y, al igual que las hojas, no llevaba ni remite ni firma. «Extraño», pensó, y volvió a tomar el escrito. «A ti, que nunca me has conocido», figuraba en la parte superior a modo de invocación, de título. Se detuvo, extrañado: ¿iba dirigido a él, o a un ser soñado? Su curiosidad se despertó de repente. Y empezó a leer:

Mi hijo murió ayer. Durante tres días y tres noches he luchado con la muerte por esta pequeña y frágil vida; cuarenta horas he velado junto a su cama mientras la gripe sacudía con fiebre su pobre y ardiente cuerpo. Le puse paños fríos en la frente encendida, sostuve sus manitas inquietas día y noche. A la tercera tarde, me derrumbé. Mis ojos no podían más, se me cerraron sin que me diera cuenta. Me quedé dormida tres o cuatro horas en la dura silla y, entretanto, la muerte se lo llevó. Ahora yace ahí, el dulce y pobre muchacho, en su estrecha camita infantil, tal como murió; solo le han cerrado los ojos, sus ojos inteligentes y oscuros, le han cruzado las manos sobre la camisa blanca y cuatro velas arden en lo alto, en las cuatro esquinas de la cama. No me atrevo a mirar, no me atrevo a moverme, pues cuando las velas parpadean, las sombras se deslizan por su rostro y su boca cerrada, y parece entonces como si sus facciones se movieran, y podría creer que no está muerto, que volverá a despertar y me dirá algo infantil y tierno con su voz clara. Pero sé que está muerto, no quiero volver a mirar para no volver a tener esperanza, para no volver a decepcionarme. Lo sé, lo sé, mi hijo murió ayer. Ahora solo te tengo a ti en el mundo, solo a ti, que no sabes nada de mí, que mientras tanto juegas despreocupado o coqueteas con cosas y personas. Solo a ti, que nunca me conociste y a quien siempre he amado.

He tomado la quinta vela y la he puesto aquí, en la mesa sobre la que te escribo. Porque no puedo estar sola con mi hijo muerto sin desahogar mi alma a gritos, y ¿a quién podría hablar en esta hora terrible si no es a ti, que lo fuiste y lo eres todo para mí? Quizá no pueda hablarte con total claridad, quizá no me entiendas; tengo la cabeza embotada, siento punzadas y martilleos en las sienes, me duelen las extremidades. Creo que tengo fiebre, quizá ya la gripe que ahora se desliza de puerta en puerta, y eso estaría bien, porque entonces me iría con mi hijo y no tendría que hacer nada en contra de mi voluntad. A veces se me nubla la vista, quizá ni siquiera pueda terminar esta carta, pero quiero reunir todas mis fuerzas para hablarte una vez, solo esta única vez, a ti, mi amado, que nunca me has reconocido.

Solo a ti quiero hablarte, contártelo todo por primera vez; quiero que conozcas mi vida entera, que siempre ha sido tuya sin que tú lo supieras. Pero solo conocerás mi secreto cuando yo esté muerta, cuando ya no tengas que responderme, cuando esto que ahora me sacude las extremidades con frío y calor sea realmente el final. Si debo seguir viviendo, romperé esta carta y seguiré callando, como siempre he callado. Pero si la tienes en tus manos, sabrás que aquí una muerta te cuenta su vida, una vida que fue tuya desde su primera hasta su última hora de vigilia. No temas mis palabras; una muerta ya no quiere nada, no quiere ni amor, ni piedad, ni consuelo. Solo quiero de ti una cosa: que creas todo lo que mi dolor, que huye hacia ti, te revela. Créeme todo, solo te pido esto: no se miente en la hora de la muerte del único hijo.

Voy a revelarte toda mi vida, esta vida que verdaderamente comenzó el día en que te conocí. Antes solo hubo algo turbio y confuso, en lo que mi memoria ya no se sumerge, una especie de

sótano de cosas y personas polvorientas, llenas de telarañas y mohosas, de las que mi corazón ya no sabe nada. Cuando llegaste, yo tenía trece años y vivía en la misma casa donde vives ahora, en la misma casa donde tienes esta carta, mi último aliento de vida, en tus manos; vivía en el mismo rellano, justo enfrente de la puerta de tu apartamento. Seguro que ya no te acuerdas de nosotras, de la pobre viuda de un funcionario de cuentas (siempre iba de luto) y de la chiquilla flacucha y medio crecida; éramos muy discretas, como sumergidas en nuestra modesta pequeñez burguesa. Quizá nunca oíste nuestro nombre, pues no teníamos placa en la puerta y nadie venía, nadie preguntaba por nosotras. Además, hace ya tanto tiempo, quince, dieciséis años, no, seguro que ya no te acuerdas, mi amado. Pero yo, ¡oh!, yo recuerdo apasionadamente cada detalle, recuerdo como si fuera hoy el día, no, la hora, en que oí hablar de ti por primera vez, en que te vi por primera vez, y ¿cómo no iba a recordarlo, si entonces empezó el mundo para mí? Tolera, amado mío, que te lo cuente todo, todo desde el principio; te lo ruego, no te canses de escucharme este cuarto de hora, yo que no me he cansado de amarte durante toda una vida.

Antes de que te mudaras a nuestra casa, detrás de tu puerta vivía gente fea, malvada y pendenciera. Pobres como eran, lo que más odiaban era la pobreza vecina, la nuestra, porque no querían tener nada en común con su degradada rudeza proletaria. El marido era un borracho y pegaba a su mujer; a menudo nos despertábamos de noche por el estruendo de sillas caídas y platos rotos; una vez, ella salió corriendo a la escalera, ensangrentada y con el pelo revuelto, y detrás de ella el borracho gritaba hasta que la gente salió de sus puertas y lo amenazó con llamar a la policía. Mi madre había evitado desde el principio cualquier trato con ellos y me prohibió

hablar con sus hijos, quienes, en represalia, se vengaban de mí en cada ocasión. Cuando me encontraban en la calle, me gritaban palabras soeces y una vez me golpearon con bolas de nieve tan duras que me sangró la frente. Toda la casa odiaba a aquella gente con un instinto común, y cuando de repente ocurrió algo —creo que al hombre lo encarcelaron por un robo— y tuvieron que mudarse con sus trastos, todos respiramos aliviados. Durante un par de días colgó el cartel de «se alquila» en el portal, luego lo quitaron, y a través del portero se corrió la voz de que un escritor, un señor soltero y tranquilo, había alquilado el piso. Fue entonces cuando oí tu nombre por primera vez.

A los pocos días llegaron pintores, decoradores, limpiadores y empapeladores para adecentar el piso después de sus mugrientos anteriores inquilinos; se oían martillazos, golpes, se limpiaba y se rascaba, pero mi madre estaba encantada, decía que por fin se acabaría la suciedad de enfrente. A ti no llegué a verte, ni siquiera durante la mudanza: todos esos trabajos los supervisaba tu criado, ese señor pequeño, serio y canoso, que lo dirigía todo con una discreción y profesionalidad superiores. Nos impresionó mucho a todos, primero porque en nuestra casa de suburbio un criado de librea era algo completamente nuevo, y segundo porque era extraordinariamente educado con todo el mundo, sin por ello ponerse al nivel de los sirvientes ni entablar conversaciones de camaradería. A mi madre la saludaba respetuosamente como a una dama desde el primer día, e incluso conmigo, una mocosa, era siempre afable y serio. Cuando pronunciaba tu nombre, lo hacía siempre con una cierta reverencia, con un respeto especial; se notaba enseguida que te profesaba una lealtad que iba mucho más allá del servicio habitual. ¡Y cómo lo quise por ello, al bueno y viejo

Johann, aunque lo envidiaba por poder estar siempre cerca de ti y servirte!

Te cuento todo esto, amado mío, todas estas pequeñas cosas, casi ridículas, para que entiendas cómo pudiste adquirir desde el principio tal poder sobre la niña tímida y asustadiza que yo era. Antes incluso de que entraras en mi vida, ya te rodeaba un halo, una esfera de riqueza, singularidad y misterio. Todos en aquella pequeña casa de suburbio (la gente que lleva una vida estrecha siempre siente curiosidad por todo lo nuevo que aparece a sus puertas) esperábamos con impaciencia tu llegada. Y esa curiosidad por ti, ¡cómo se intensificó en mí cuando una tarde, al volver del colegio, vi el camión de la mudanza delante de la casa! La mayor parte, los bultos pesados, ya los habían subido los mozos; ahora subían objetos más pequeños de uno en uno. Me quedé en la puerta para admirarlo todo, porque todas tus cosas eran tan extrañamente diferentes, como nunca las había visto; había ídolos indios, esculturas italianas, cuadros muy llamativos y grandes, y luego, al final, llegaron los libros, tantos y tan hermosos como nunca había creído posible. Los apilaron todos junto a la puerta; allí los recibía el criado y, con un plumero, les quitaba cuidadosamente el polvo a cada uno. Me acerqué sigilosamente a la pila, que no dejaba de crecer; el criado no me echó, pero tampoco me animó a acercarme, así que no me atreví a tocar ninguno, aunque me hubiera gustado palpar el suave cuero de algunos. Solo miraba los títulos de reojo, tímidamente: había algunos en francés, en inglés y en otros idiomas que no entendía. Creo que me habría quedado horas mirándolos todos, pero mi madre me llamó para que entrara.

Toda la tarde estuve pensando en ti; incluso antes de conocerte. Yo solo poseía una docena de libros baratos, encuadernados en cartón raído, que amaba por encima de todo y leía una y otra vez. Y ahora me asaltaba la idea de cómo sería el hombre que poseía y había leído todos aquellos magníficos libros, que sabía todos aquellos idiomas, que era tan rico y al mismo tiempo tan erudito. Una especie de veneración sobrenatural se unía en mí a la idea de tantos libros. Intenté imaginarte: eras un anciano con gafas y una larga barba blanca, parecido a nuestro profesor de geografía, solo que mucho más bondadoso, más hermoso y más apacible. No sé por qué entonces ya estaba segura de que tenías que ser hermoso, aunque todavía te imaginaba como un anciano. Aquella noche, y aún sin conocerte, soñé contigo por primera vez.

Al día siguiente te mudaste, pero a pesar de todos mis esfuerzos por atisbarte, no pude verte, lo que solo aumentó mi curiosidad. Finalmente, al tercer día, te vi, y ¡qué sobrecogedora fue la sorpresa para mí descubrir que eras tan diferente, tan ajeno a la imagen infantil de padre celestial que me había hecho! Había soñado con un anciano bondadoso y con gafas, y entonces apareciste tú, tal como eres hoy, tú, el inmutable, por quien los años se deslizan con indiferencia. Llevabas un encantador traje deportivo de color marrón claro y subías la escalera con tu inimitable ligereza juvenil, tomando los escalones de dos en dos. Llevabas el sombrero en la mano, así que vi con un asombro indescriptible tu rostro luminoso y vivaz, con tu pelo joven: de verdad, me quedé atónita al ver lo joven, lo guapo, lo esbelto y elegante que eras. Y, ¿no es extraño?: en ese primer segundo sentí con total claridad lo que yo y todos los demás siempre percibimos en ti como algo único y sorprendente: que eres una especie de hombre dual, un muchacho apasionado y

de vida ligera, entregado por completo al juego y a la aventura y, al mismo tiempo, en tu arte, un hombre implacablemente serio, consciente de su deber, infinitamente culto e instruido. Inconscientemente, sentí lo que luego todos percibían en ti: que llevas una doble vida, una vida con una faceta luminosa, abierta al mundo, y otra completamente oscura, que solo tú conoces. Esta profunda dualidad, el secreto de tu existencia, la sentí yo, la niña de trece años, mágicamente atraída, con mi primera mirada.

¿Comprendes ahora, amado mío, qué maravilla, qué atrayente enigma debiste de ser para mí, la niña? ¡Descubrir que un hombre por el que se sentía veneración porque escribía libros, porque era famoso en ese otro gran mundo, era de repente un joven de veinticinco años, elegante, de alegría juvenil! ¿Necesito decirte que desde ese día en nuestra casa, en todo mi pobre mundo infantil, nada me interesó más que tú, que con toda la obstinación, toda la insistencia inquisitiva de una niña de trece años, solo me movía en torno a tu vida, a tu existencia? Te observaba, observaba tus costumbres, observaba a la gente que te visitaba, y todo ello, en lugar de disminuir mi curiosidad por ti, no hacía más que aumentarla, pues toda la dualidad de tu ser se expresaba en la diversidad de esas visitas. Venían jóvenes, camaradas tuyos, con los que reías y te mostrabas jovial, estudiantes desaliñados, y luego damas que llegaban en automóvil; una vez, el director de la Ópera, el gran director de orquesta que yo solo había visto con reverencia desde lejos, en el podio; otras veces, muchachas que aún iban a la escuela de comercio y se colaban tímidamente por la puerta; en general, muchas, muchísimas mujeres. No le di mayor importancia, ni siquiera cuando una mañana, yendo al colegio, vi salir de tu casa a una dama completamente velada; al fin y al cabo,

solo tenía trece años, y la apasionada curiosidad con la que te espiaba y acechaba aún no sabía, en la niña, que ya era amor.

Pero recuerdo con exactitud, mi amado, el día y la hora en que me perdí por ti por completo y para siempre. Había dado un paseo con una compañera de colegio; estábamos charlando frente al portal. Entonces llegó un coche, se detuvo, y tú ya saltabas del estribo con tu impaciente y elástica agilidad, que todavía hoy me fascina en ti, y te disponías a entrar. Un impulso irresistible me obligó a abrirte la puerta, y me interpuse de tal modo en tu camino que casi chocamos. Me miraste con esa mirada cálida, suave y envolvente, que era como una caricia, me sonreíste —sí, no puedo describirlo de otra manera que diciendo: tiernamente— y dijiste con una voz muy baja y casi confidencial:

—Muchas gracias, señorita.

Eso fue todo, amado mío, pero desde ese segundo, desde que sentí esa mirada suave y tierna, quedé rendida a ti. Más tarde, muy pronto, supe que esa mirada tuya, que abarca y atrae, esa mirada envolvente y al mismo tiempo desveladora, esa mirada de seductor nato, la diriges a toda mujer que se cruza contigo, a la dependienta que te atiende, a la doncella que te abre la puerta; que esa mirada en ti no es consciente como expresión de voluntad o inclinación, sino que tu ternura hacia las mujeres hace, inconscientemente, que tu mirada se vuelva suave y cálida cuando se posa en ellas. Pero yo, la niña de trece años, no lo sospechaba: me sentí como sumergida en fuego. Creí que la ternura iba dirigida solo a mí, únicamente a mí, y en ese único segundo despertó la mujer en mí, la adolescente, y esa mujer se rindió a ti para siempre.

—¿Quién era? —preguntó mi amiga.

No pude responderle de inmediato. Me resultaba imposible pronunciar tu nombre: ya en ese único, en ese solo segundo, se había vuelto sagrado para mí, se había convertido en mi secreto.

—Ah, un señor que vive aquí en la casa —balbuceé torpemente.

—Pero, ¿por qué te has puesto tan colorada cuando te ha mirado? —se burló mi amiga con toda la malicia de una niña curiosa.

Y precisamente porque sentí que se burlaba de mi secreto, la sangre me subió aún más ardiente a las mejillas. Me volví grosera por la vergüenza.

—¡Gansa estúpida! —le dije con furia. Habría querido estrangularla.

Pero ella solo se rió aún más fuerte y burlonamente, hasta que sentí que las lágrimas me asomaban a los ojos de rabia impotente. La dejé plantada y subí corriendo.

Desde ese segundo te he amado. Sé que las mujeres, a ti, el mimado, te han dicho a menudo esta palabra. Pero créeme, nadie te ha amado tan servilmente, tan perrunamente, tan devotamente como el ser que yo era y que siempre he sido para ti, porque nada en la tierra se parece al amor inadvertido de una niña desde la oscuridad, porque es tan desesperado, tan servicial, tan sumiso, tan expectante y apasionado como nunca podrá serlo el amor anhelante e inconscientemente exigente de una mujer adulta. Solo los niños solitarios pueden concentrar toda su pasión: los demás disipan sus sentimientos en la vida social, los desgastan en confidencias; han oído y leído mucho sobre el amor y saben que es un destino común. Juegan con él como con un juguete, presumen de él como los muchachos de su primer cigarrillo. Pero yo no tenía a nadie en quien confiar, nadie me había instruido ni advertido, era

inexperta e ignorante: me precipité en mi destino como en un abismo. Todo lo que crecía y brotaba en mí solo te conocía a ti, el sueño de ti, como confidente: mi padre había muerto hacía mucho, mi madre me era extraña en su perpetua tristeza y sus angustias de pensionista, las compañeras medio malcriadas del colegio me repelían porque jugaban con frivolidad con lo que para mí era la pasión suprema. Así que arrojé todo lo que de otro modo se habría dispersado y dividido, arrojé todo mi ser comprimido y siempre rebosante de impaciencia hacia ti. Tú eras para mí —¿cómo decírtelo?, cualquier comparación es insuficiente—, tú eras simplemente todo, mi vida entera. Todo existía solo en la medida en que se relacionaba contigo, todo en mi existencia solo tenía sentido si estaba vinculado a ti. Transformaste toda mi vida. Hasta entonces indiferente y mediocre en el colegio, de repente me convertí en la primera; leía mil libros hasta altas horas de la noche porque sabía que amabas los libros; para asombro de mi madre, empecé de repente a practicar piano con una obstinación casi testaruda porque creía que amabas la música. Limpiaba y cosía mi ropa solo para parecer agradable y aseada ante ti, y me resultaba espantoso tener un remiendo cuadrado en el lado izquierdo de mi viejo delantal del colegio (era un vestido de casa de mi madre adaptado). Temía que pudieras notarlo y despreciarme; por eso siempre apretaba la cartera contra él cuando subía corriendo las escaleras, temblando de miedo de que lo vieras. Pero qué tonto era eso: tú nunca, casi nunca, volviste a mirarme.

Y sin embargo, en realidad no hacía otra cosa en todo el día que esperarte y acecharte. En nuestra puerta había una pequeña mirilla de latón, a través de cuya abertura circular se podía ver tu puerta. Esa mirilla —no, no sonrías, amado mío, ¡todavía hoy, todavía hoy

no me avergüenzo de aquellas horas!— era mi ojo al mundo; allí, en el frío zaguán, temerosa de las sospechas de mi madre, me sentaba durante aquellos meses y años, con un libro en la mano, tardes enteras al acecho, tensa como una cuerda de violín y vibrando cuando tu presencia la rozaba. Estaba siempre a tu alrededor, siempre en tensión y movimiento; pero tú no podías sentirlo, como tampoco sientes la tensión del muelle del reloj que llevas en el bolsillo y que pacientemente, en la oscuridad, cuenta y mide tus horas, acompaña tus pasos con un latido inaudible y sobre el que solo una vez en millones de segundos de tictac se posa tu mirada apresurada. Lo sabía todo de ti, conocía cada una de tus costumbres, cada una de tus corbatas, cada uno de tus trajes; pronto conocí y distinguí a tus diferentes conocidos y los dividí en los que me eran queridos y los que me resultaban antipáticos: desde mis trece hasta mis dieciséis años, viví cada hora en ti. ¡Ah, qué locuras cometí! Besaba el pomo de la puerta que tu mano había tocado, robé una colilla que habías tirado antes de entrar, y para mí era sagrada porque tus labios la habían rozado. Cien veces bajaba corriendo a la calle por la noche con cualquier pretexto para ver en cuál de tus habitaciones había luz y así sentir tu presencia, tu invisible presencia, de un modo más consciente. Y en las semanas en que estabas de viaje —siempre se me paraba el corazón de angustia cuando veía al bueno de Johann bajar tu maleta de viaje amarilla—, en esas semanas mi vida estaba muerta y sin sentido. Andaba malhumorada, aburrida, enfadada, y solo tenía que tener cuidado de que mi madre no notara mi desesperación en mis ojos llorosos.

Sé que todo esto son excesos grotescos, locuras infantiles que te estoy contando. Debería avergonzarme de ellas, pero no me

avergüenzo, porque nunca mi amor por ti fue más puro y apasionado que en estos excesos infantiles. Podría contarte durante horas, durante días, cómo viví contigo en aquel entonces, tú que apenas me conocías de vista, porque si me encontraba contigo en la escalera y no había forma de esquivarte, pasaba corriendo a tu lado con la cabeza gacha, por miedo a tu mirada ardiente, como quien se lanza al agua para que el fuego no lo abrase. Podría contarte durante horas, durante días, sobre aquellos años tuyos ya lejanos, desenrollar todo el calendario de tu vida; pero no quiero aburrirte, no quiero atormentarte. Solo quiero confiarte la experiencia más hermosa de mi infancia, y te pido que no te burles por ser algo tan insignificante, pues para mí, la niña, fue una infinidad. Debió de ser un domingo, estabas de viaje y tu criado arrastraba las pesadas alfombras, que había sacudido, a través de la puerta abierta del piso. Le costaba trabajo, al buen hombre, y en un arranque de audacia me acerqué y le pregunté si podía ayudarle. Se sorprendió, pero me dejó hacerlo, y así vi —¡si tan solo pudiera decirte con qué veneración respetuosa, casi devota!— tu apartamento por dentro, tu mundo, el escritorio en el que solías sentarte y sobre el que había unas flores en un jarrón de cristal azul, tus armarios, tus cuadros, tus libros. Fue solo una mirada fugaz, furtiva, a tu vida, pues Johann, el fiel, me habría impedido ciertamente una contemplación detallada, pero con esa única mirada absorbí toda la atmósfera y tuve alimento para mis infinitos sueños contigo, despierta y dormida.

Este, este rápido minuto, fue el más feliz de mi infancia. Quería contártelo para que tú, que no me conoces, empieces por fin a sospechar cómo una vida dependió de ti y se consumió. Quería contarte eso y también aquella otra hora, la más terrible, que

lamentablemente fue tan próxima a aquella. Ya te lo he dicho, por tu causa me había olvidado de todo, no prestaba atención a mi madre y no me preocupaba por nadie. No me di cuenta de que un señor mayor, un comerciante de Innsbruck, pariente lejano de mi madre, venía más a menudo y se quedaba más tiempo; de hecho, me resultaba agradable, porque a veces llevaba a mamá al teatro y yo podía quedarme sola, pensar en ti, acecharte, que era mi mayor, mi única felicidad. Un día, mi madre me llamó a su habitación con cierta solemnidad; tenía que hablarme seriamente. Palidecí y sentí que el corazón me martilleaba de repente: ¿habría sospechado, adivinado algo? Mi primer pensamiento fuiste tú, el secreto que me unía al mundo. Pero mi madre también estaba nerviosa, me besó (algo que nunca hacía) tiernamente una y dos veces, me llevó al sofá junto a ella y empezó a contar, vacilante y avergonzada, que su pariente, que era viudo, le había pedido matrimonio y que ella, principalmente por mi bien, había decidido aceptarlo. La sangre me subió ardiente al corazón: solo un pensamiento respondió desde dentro, el pensamiento en ti.

—Pero ¿nos quedaremos aquí? —fue lo único que pude balbucear.

—No, nos mudamos a Innsbruck, allí Ferdinand tiene una hermosa villa.

No oí más. Se me nubló la vista. Más tarde supe que me había desmayado; según oí a mi madre contarle en voz baja al padrastro, que había esperado detrás de la puerta, de repente me había echado hacia atrás con las manos extendidas y luego me había desplomado como un trozo de plomo. Lo que ocurrió en los días siguientes, cómo yo, una niña indefensa, me resistí a su voluntad todopoderosa, no puedo describírtelo: todavía ahora, al pensarlo,

me tiembla la mano al escribir. No podía revelar mi verdadero secreto, así que mi resistencia parecía mera terquedad, malicia y desafío. Nadie me hablaba, todo se hacía a mis espaldas. Aprovechaban las horas en que yo estaba en el colegio para adelantar la mudanza: cuando volvía a casa, siempre faltaba algún mueble o se había vendido algo. Vi cómo el piso, y con él mi vida, se desmoronaba, y una vez, al llegar para comer, los mozos de la mudanza habían estado allí y se lo habían llevado todo. En las habitaciones vacías estaban las maletas hechas y dos catres para mi madre y para mí: allí debíamos dormir una noche más, la última, y mañana viajar a Innsbruck.

En ese último día sentí con súbita determinación que no podía vivir sin tu cercanía. No conocía otra salvación que tú. Cómo lo pensé y si es que en esas horas de desesperación era capaz de pensar con claridad, nunca podré decirlo, pero de repente —mi madre se había ido— me levanté, con el vestido del colegio puesto, tal como estaba, y fui hacia ti. No, no fui: algo me empujó magnéticamente hacia tu puerta, con las piernas rígidas, con las articulaciones temblorosas. Ya te he dicho que no sabía claramente lo que quería: caer a tus pies y rogarte que me acogieras como sirvienta, como esclava, y me temo que sonreirás ante este inocente fanatismo de una quinceañera, pero... amado mío, ya no sonreirías si supieras cómo estuve entonces ahí fuera, en el gélido rellano, paralizada por el miedo y sin embargo empujada hacia adelante por una fuerza incomprensible, y cómo arranqué, por así decirlo, mi brazo tembloroso del cuerpo para que se elevara y —fue una lucha que duró una eternidad de segundos terribles— apretara el dedo contra el botón del timbre. Aún hoy me resuena en los oídos aquel agudo timbrazo, y luego el silencio que siguió, en el que se me paró el

corazón, en el que toda mi sangre se detuvo y solo escuchaba, por si venías.

Pero no viniste. Nadie vino. Evidentemente, estabas fuera aquella tarde y Johann haciendo recados; así que, con el sonido muerto del timbre retumbando en mis oídos, volví a tientas a nuestro piso destrozado y vacío y me dejé caer exhausta sobre una manta, cansada por aquellos cuatro pasos como si hubiera caminado durante horas por nieve profunda. Pero bajo ese agotamiento ardía aún, inextinguible, la determinación de verte, de hablarte antes de que me arrancaran de allí. Te lo juro, no había en ello ningún pensamiento sensual, aún era ignorante, precisamente porque no pensaba en nada más que en ti: solo quería verte, verte una vez más, aferrarme a ti. Toda la noche, toda la larga y terrible noche, te esperé, amado mío. Apenas mi madre se acostó en su cama y se durmió, me deslicé hacia el zaguán para escuchar cuándo volverías a casa. Te esperé toda la noche, y era una noche helada de enero. Estaba cansada, me dolían las extremidades y ya no había silla para sentarme, así que me tumbé en el suelo frío, sobre el que se colaba la corriente de la puerta. Yacía en el suelo dolorosamente frío solo con mi vestido fino, pues no cogí ninguna manta; no quería tener calor, por miedo a quedarme dormida y no oír tus pasos. Me dolía, apretaba los pies en un calambre, me temblaban los brazos: tenía que levantarme una y otra vez, tanto frío hacía en la terrible oscuridad. Pero esperé, esperé, te esperé como a mi destino.

Finalmente —debían de ser ya las dos o las tres de la madrugada— oí abrirse abajo el portal y luego unos pasos subiendo la escalera. El frío se desvaneció de mí como por ensalmo, me invadió un calor abrasador, abrí la puerta sigilosamente para precipitarme hacia ti, para caer a tus pies... ¡Ay, no sé qué habría hecho entonces, niña

tonta de mí! Los pasos se acercaron, la luz de una vela parpadeó desde abajo. Aferré el pomo temblando. ¿Eras tú quien venía?

Sí, eras tú, amado mío, pero no venías solo. Oí una risita suave y coqueta, el roce de un vestido de seda y tu voz en voz baja. Volvías a casa con una mujer...

Cómo sobreviví a aquella noche, no lo sé. A la mañana siguiente, a las ocho, me arrastraron a Innsbruck; ya no tenía fuerzas para resistirme.

Mi hijo murió anoche. Ahora volveré a estar sola, si es que realmente debo seguir viviendo. Mañana vendrán unos hombres extraños, negros y toscos, y traerán un ataúd, lo meterán dentro, a mi pobre, mi único hijo. Quizá también vengan amigos y traigan coronas, pero ¿qué son las flores sobre un ataúd? Me consolarán y me dirán algunas palabras, palabras, palabras; pero ¿de qué pueden servirme? Sé que después tendré que estar sola de nuevo. Y no hay nada más terrible que la soledad entre la gente. Lo experimenté entonces, en aquellos dos años interminables en Innsbruck, aquellos años desde mis dieciséis hasta mis dieciocho, en los que viví como una prisionera, una repudiada, en medio de mi familia. Mi padrastro, un hombre muy tranquilo y de pocas palabras, era bueno conmigo; mi madre, como para expiar una injusticia inconsciente, parecía dispuesta a satisfacer todos mis deseos; jóvenes se interesaban por mí, pero yo los rechazaba a todos con un desafío apasionado. No quería vivir feliz, no quería estar contenta lejos de ti; me enterré en un mundo sombrío de autotormento y soledad. No me ponía los vestidos nuevos y coloridos que me compraban, me negaba a ir a conciertos, al teatro o a excursiones en alegre compañía. Apenas salía a la calle: ¿lo

creerías, amado mío, que de esta pequeña ciudad en la que viví dos años no conozco ni diez calles? Estaba de luto y quería estar de luto, me embriagaba con cada privación que añadía a la de tu presencia. Y además: no quería distraerme de mi pasión, que consistía únicamente en vivir en ti. Me sentaba sola en casa, durante horas, durante días, y no hacía otra cosa que pensar en ti, una y otra vez, una y otra vez, reviviendo los cien pequeños recuerdos de ti, cada encuentro, cada espera, representándome estos pequeños episodios como en un teatro. Y por eso, porque me repetí innumerables veces cada uno de los segundos de antaño, toda mi infancia ha permanecido en mi memoria con una viveza tan ardiente que siento cada minuto de aquellos años pasados tan caliente y palpitante como si hubiera recorrido mi sangre ayer mismo.

Solo en ti viví entonces. Compré todos tus libros; si tu nombre aparecía en el periódico, era un día de fiesta. ¿Creerás que me sé de memoria cada línea de tus libros, de tanto que los he leído? Si alguien me despertara de noche y me recitara un fragmento de ellos, podría, todavía hoy, después de trece años, continuar la frase como en un sueño: así era cada palabra tuya para mí, evangelio y oración. El mundo entero solo existía en relación contigo: leía en los periódicos vieneses los conciertos, los estrenos, solo pensando en cuál de ellos podría interesarte, y cuando anochecía, te acompañaba desde la distancia: ahora entra en la sala, ahora se sienta. Soñé mil veces con eso, porque te vi una única vez en un concierto.

Pero, ¿para qué contar todo esto, este fanatismo delirante, furioso contra sí mismo, tan trágicamente desesperado de una niña abandonada? ¿Para qué contárselo a alguien que nunca lo

sospechó, que nunca lo supo? Pero, ¿era realmente todavía una niña entonces? Cumplí diecisiete, dieciocho años; los jóvenes empezaban a volverse para mirarme por la calle, pero solo me irritaban. Porque el amor, o incluso un juego de amor pensando en alguien que no fueras tú, me resultaba tan incomprensible, tan impensablemente ajeno; la sola tentación me habría parecido un crimen. Mi pasión por ti seguía siendo la misma, solo que se transformó con mi cuerpo, con mis sentidos más despiertos, volviéndose más ardiente, más física, más femenina. Y lo que la niña en su voluntad obtusa e ignorante, la niña que entonces tocó el timbre de tu puerta, no podía sospechar, era ahora mi único pensamiento: entregarme a ti, darme a ti.

La gente a mi alrededor me consideraba tímida, me llamaba vergonzosa (había sellado mi secreto tras mis dientes). Pero en mi interior crecía una voluntad de hierro. Todo mi pensamiento y mi anhelo se dirigían en una sola dirección: volver a Viena, volver a ti. Y forcé mi voluntad, por muy absurda e incomprensible que pudiera parecer a los demás. Mi padrastro era acaudalado, me consideraba su propia hija. Pero yo insistí con terca obstinación en que quería ganarme mi propio dinero, y finalmente conseguí que me enviaran a Viena como empleada en la tienda de confección de un pariente.

¿Necesito decirte adónde me dirigí en primer lugar cuando, en una neblinosa tarde de otoño —¡por fin!, ¡por fin!—, llegué a Viena? Dejé las maletas en la estación, me subí a un tranvía —¡qué lento me parecía que iba, cada parada me exasperaba!— y corrí hacia tu casa. Tus ventanas estaban iluminadas, todo mi corazón vibraba. Solo entonces cobró vida la ciudad, que hasta ese momento me había rodeado extraña y sin sentido; solo entonces volví a vivir, al

sentirte cerca, a ti, mi eterno sueño. No sospechaba, claro, que en realidad estaba tan lejos de tu conciencia como cuando valles, montañas y ríos me separaban de ti, y no como ahora, que solo el fino y luminoso cristal de tu ventana se interponía entre tú y mi mirada radiante. Solo miraba hacia arriba y hacia arriba: allí había luz, allí estaba la casa, allí estabas tú, allí estaba mi mundo. Durante dos años había soñado con esa hora, y ahora se me concedía. Permanecí de pie toda la larga, suave y nublada tarde frente a tus ventanas, hasta que la luz se apagó. Solo entonces busqué mi hogar.

Cada tarde me plantaba así frente a tu casa. Tenía que trabajar en la tienda hasta las seis, un trabajo duro y agotador, pero me gustaba, porque esa agitación me hacía sentir menos dolorosamente la mía. Y en cuanto las persianas de hierro bajaban con estruendo a mis espaldas, corría hacia mi amado destino. Solo verte una vez, solo encontrarte una vez, ese era mi único deseo, solo poder abarcar tu rostro de nuevo con la mirada desde lejos. Aproximadamente una semana después, finalmente sucedió que te encontré, y precisamente en un momento en que no lo esperaba: mientras espiaba tus ventanas, apareciste cruzando la calle. Y de repente volví a ser la niña de trece años; sentí cómo la sangre me subía a las mejillas; involuntariamente, en contra de mi más íntimo impulso, que anhelaba sentir tus ojos, bajé la cabeza y pasé a tu lado a toda velocidad, como si me persiguieran. Después me avergoncé de esa huida tímida y colegial, porque ahora mi voluntad era clara: quería encontrarte, te buscaba, quería que me reconocieras después de todos aquellos años anhelantes y sombríos, quería que te fijaras en mí, quería que me amaras.

Pero tardaste mucho en fijarte en mí, aunque cada tarde, incluso con ventiscas de nieve y el cortante viento vienés, estaba en tu calle. A menudo esperaba horas en vano; a menudo, finalmente, salías de casa en compañía de conocidos; dos veces te vi también con mujeres, y entonces sentí mi madurez, sentí lo nuevo, lo diferente de mi sentimiento hacia ti en la súbita punzada del corazón que me desgarró el alma al ver a una mujer extraña caminar tan segura de tu brazo. No me sorprendió, ya conocía a tus eternas visitantes desde mi infancia, pero ahora me dolía de una manera física, algo se tensaba en mí, a la vez hostil y anhelante, ante esa evidente intimidad carnal con otra. Un día, con mi orgullo infantil, que quizá aún conservo, me mantuve alejada de tu casa, pero ¡qué terrible fue esa tarde vacía de despecho y rebeldía! A la tarde siguiente ya estaba de nuevo humildemente frente a tu casa, esperando, esperando, como he esperado toda mi vida frente a tu vida cerrada.

Y finalmente, una tarde te fijaste en mí. Te había visto venir de lejos y reuní toda mi voluntad para no esquivarte. La casualidad quiso que la calle se estrechara por un carro que estaban descargando y tuvieras que pasar justo a mi lado. Involuntariamente, tu mirada distraída me rozó, para convertirse de inmediato, apenas encontró la atención de la mía —¡cómo se estremeció el recuerdo en mí!—, en aquella mirada tuya de mujer, aquella mirada tierna, envolvente y al mismo tiempo reveladora, aquella mirada que abarca y ya posee, que a mí, la niña, me despertó por primera vez a la mujer, a la amante. Durante uno o dos segundos, esa mirada sostuvo la mía, que no podía ni quería apartarse; luego pasaste de largo. El corazón me latía con fuerza: involuntariamente tuve que ralentizar el paso y, al darme la vuelta por una curiosidad incontenible, vi que te

habías detenido y me mirabas. Y por la forma en que me observabas, con curiosidad e interés, supe de inmediato: no me reconociste.

No me reconociste, ni entonces ni nunca, nunca me has reconocido. ¿Cómo describirte, amado mío, la decepción de aquel segundo? Entonces fue la primera vez que sufrí este destino, el de no ser reconocida por ti, un destino que he vivido toda mi vida y con el que muero; sin ser reconocida, todavía sin ser reconocida por ti. ¿Cómo describirte esa decepción? Porque, mira, durante esos dos años en Innsbruck, en los que pensaba en ti a cada hora y no hacía otra cosa que imaginar nuestro primer reencuentro en Viena, había soñado las posibilidades más descabelladas junto a las más dichosas, según mi estado de ánimo. Todo, si se me permite decirlo, lo había soñado; en momentos sombríos me había imaginado que me rechazarías, que me despreciarías por ser demasiado insignificante, demasiado fea, demasiado insistente. Había recorrido en apasionadas visiones todas las formas de tu desaprobación, de tu frialdad, de tu indiferencia, pero esto, esto único, no me había atrevido a considerarlo en ninguna sombría agitación del ánimo, ni en la conciencia más extrema de mi inferioridad, esto, lo más terrible: que ni siquiera te habías percatado de mi existencia. Hoy lo entiendo, ¡ay, tú me lo has enseñado a entender!, que el rostro de una muchacha, de una mujer, debe de ser algo sumamente cambiante para un hombre, porque la mayoría de las veces es solo un espejo, ora de una pasión, ora de una infantilidad, ora de un cansancio, y se desvanece tan fácilmente como una imagen en un espejo; que, por tanto, un hombre puede perder más fácilmente el rostro de una mujer porque la edad lo atraviesa con sombras y luces, porque la ropa lo

enmarca de forma diferente de una vez a otra. Los resignados, ellos son los verdaderos sabios. Pero yo, la muchacha de entonces, todavía no podía comprender tu olvido, porque de algún modo, de mi desmesurada e incesante ocupación contigo, se había apoderado de mí la ilusión de que tú también debías de pensar en mí a menudo y esperarme; ¿cómo habría podido siquiera respirar con la certeza de que yo no era nada para ti, de que ningún recuerdo de mí te rozaba jamás levemente? Y este despertar ante tu mirada, que me demostró que nada en ti me conocía ya, que ningún hilo de araña de recuerdo de tu vida llegaba a la mía, fue una primera caída en la realidad, un primer presagio de mi destino.

No me reconociste entonces. Y cuando dos días después tu mirada me abrazó con cierta familiaridad en un nuevo encuentro, tampoco me reconociste como la que te había amado y a la que habías despertado, sino simplemente como la bonita muchacha de dieciocho años que te había encontrado dos días antes en el mismo lugar. Me miraste con una amable sorpresa, una ligera sonrisa jugueteaba en tus labios. De nuevo pasaste a mi lado y de nuevo ralentizaste el paso de inmediato: yo temblaba, exultaba, rezaba para que me hablaras. Sentí que por primera vez estaba viva para ti: también yo ralenticé el paso, no te esquivé. Y de repente te sentí detrás de mí, sin darme la vuelta; supe que ahora oiría por primera vez tu amada voz dirigida a mí. La expectación era como una parálisis en mí, ya temía tener que detenerme, tan fuerte me martilleaba el corazón; entonces te pusiste a mi lado. Me hablaste con tu manera ligera y alegre, como si fuéramos amigos desde hacía mucho tiempo —¡ay, no me sospechabas, nunca has sospechado nada de mi vida!—, me hablaste con una naturalidad tan encantadora que incluso pude responderte. Caminamos juntos

toda la calle. Luego me preguntaste si queríamos cenar juntos. Dije que sí. ¿Qué me habría atrevido a negarte?

Cenamos juntos en un pequeño restaurante —¿recuerdas dónde era? Ah, no, seguro que ya no lo distingues de otras noches parecidas, pues, ¿quién era yo para ti? Una entre cientos, una aventura en una cadena que se anudaba eternamente. ¿Qué podría recordarte de mí? Apenas hablé, porque me resultaba infinitamente dichoso tenerte cerca, oírte hablar. No quería desperdiciar ni un momento de aquello con una pregunta, con una palabra tonta. Nunca te agradeceré lo suficiente aquella hora, cómo colmaste mi apasionada veneración, qué delicado, qué ligero, qué discreto fuiste, sin ninguna insistencia, sin ninguna de esas caricias apresuradas, y desde el primer momento con una familiaridad tan segura y amistosa que me habrías ganado aunque no hubiera sido ya tuya con toda mi voluntad y mi ser. ¡Ah, no sabes cuán inmenso fue lo que cumpliste al no defraudar cinco años de expectación infantil! Se hizo tarde, nos marchamos. En la puerta del restaurante me preguntaste si tenía prisa o si aún tenía tiempo. ¿Cómo podría haber ocultado que estaba dispuesta a ti? Dije que aún tenía tiempo. Entonces preguntaste, superando rápidamente una ligera vacilación, si no quería ir un rato a tu casa para charlar. «Con gusto», dije, con total naturalidad, fruto de mis sentimientos, y noté de inmediato que te sentiste de algún modo incómodo o gratamente sorprendido por la rapidez de mi aceptación, en cualquier caso, visiblemente sorprendido. Hoy entiendo tu asombro; sé que es costumbre entre las mujeres, incluso cuando el deseo de entrega arde en ellas, negar esa disposición, fingir espanto o indignación, que solo se aplaca con ruegos insistentes, mentiras, juramentos y promesas. Sé que quizá

solo las profesionales del amor, las prostitutas, responden a una invitación así con una aceptación tan plena y gozosa, o las niñas muy ingenuas, casi adolescentes. Pero en mí —y ¿cómo podías sospecharlo?— solo era la voluntad hecha palabra, el anhelo concentrado y desbordante de mil días solitarios. En cualquier caso, te quedaste perplejo, empecé a interesarte. Sentí que, mientras caminábamos, me observabas de reojo durante la conversación, de algún modo asombrado. Tu intuición, tu intuición tan mágicamente certera en todo lo humano, olfateó de inmediato algo insólito, un secreto en esta bonita y complaciente muchacha. El curioso que hay en ti se despertó, y noté por la forma circundante y exploradora de tus preguntas cómo querías tantear el secreto. Pero te esquivé: prefería parecer tonta a revelarte mi secreto.

Subimos a tu casa. Perdona, amado mío, si te digo que no puedes entender lo que fue para mí aquel camino, aquella escalera, qué vértigo, qué confusión, qué felicidad tan arrebatadora, atormentadora, casi mortal. Todavía ahora apenas puedo pensar en ello sin lágrimas, y ya no me quedan. Pero intenta sentirlo, que cada objeto allí estaba, por así decirlo, impregnado de mi pasión, cada uno era un símbolo de mi infancia, de mi anhelo: el portal, frente al cual te esperé miles de veces; la escalera, desde la que siempre escuchaba tus pasos y donde te vi por primera vez; la mirilla, a través de la cual me asomé hasta el alma; el felpudo delante de tu puerta, sobre el que una vez me arrodillé; el chasquido de la llave, que siempre me hacía saltar de mi puesto de vigilancia. Toda la infancia, toda mi pasión, anidaba en esos pocos metros de espacio, aquí estaba toda mi vida, y ahora se precipitaba sobre mí como una tormenta, ahora que todo, todo se cumplía y yo

iba contigo, yo contigo, en tu casa, en nuestra casa. Piensa —suena banal, pero no sé decirlo de otra manera— que hasta tu puerta todo fue realidad, mundo cotidiano y monótono durante toda una vida, y que allí comenzaba el reino mágico de la niña, el reino de Aladino; piensa que mil veces miré fijamente esa puerta con ojos ardientes, la puerta que ahora cruzaba tambaleándome, y entonces adivinarás —¡pero solo adivinarás, nunca lo sabrás del todo, mi amado!— lo que ese minuto vertiginoso se llevó de mi vida.

Me quedé toda la noche contigo. No sospechaste que antes de eso ningún hombre me había tocado, ninguno había sentido ni visto mi cuerpo. Pero, ¿cómo podías sospecharlo, amado mío, si no te ofrecí resistencia, si reprimí toda vacilación de pudor, solo para que no pudieras adivinar el secreto de mi amor por ti, que ciertamente te habría asustado? Porque tú solo amas lo ligero, lo lúdico, lo ingrávido; tienes miedo de intervenir en un destino. Quieres prodigarte, tú, a todos, al mundo, y no quieres ningún sacrificio. Si te digo ahora, amado mío, que me entregué a ti virgen, te suplico: ¡no me malinterpretes! No te acuso, no me atrajiste, no me mentiste, no me sedujiste; fui yo, yo misma, la que se lanzó hacia ti, la que se arrojó a tu pecho, la que se arrojó a su destino. Nunca, nunca te acusaré, no, solo te estaré siempre agradecida, pues ¡qué rica, qué resplandeciente de placer, qué suspendida en la dicha fue para mí aquella noche! Cuando abría los ojos en la oscuridad y te sentía a mi lado, me maravillaba de que no estuvieran las estrellas sobre mí, tan celestial me sentía. No, nunca me he arrepentido, mi amado, nunca de aquella hora. Todavía lo recuerdo: mientras dormías, mientras oía tu respiración, sentía tu cuerpo y a mí misma tan cerca de ti, lloré en la oscuridad de felicidad.

Por la mañana, insistí en marcharme temprano. Tenía que ir a la tienda y también quería irme antes de que llegara el criado: no debía verme. Cuando estaba vestida frente a ti, me tomaste en tus brazos, me miraste largamente; ¿era un recuerdo, oscuro y lejano, lo que se agitaba en ti, o simplemente te parecí hermosa, feliz, como estaba? Luego me besaste en la boca. Me solté suavemente y quise irme. Entonces preguntaste:

—¿No quieres llevarte unas flores?

Dije que sí. Tomaste cuatro rosas blancas del jarrón de cristal azul del escritorio (ay, lo conocía de aquella única mirada furtiva de la infancia) y me las diste. Las besé durante días.

Habíamos acordado vernos otra noche. Fui, y de nuevo fue maravilloso. Me regalaste una tercera noche más. Luego dijiste que tenías que irte de viaje —¡oh, cómo odiaba esos viajes desde mi infancia!— y prometiste avisarme en cuanto volvieras. Te di una dirección de lista de correos, no quise decirte mi nombre. Guardé mi secreto. De nuevo me diste unas rosas al despedirte... como despedida.

Cada día, durante dos meses, pregunté... pero no, para qué describir la tortura infernal de la espera, de la desesperación. No te acuso, te amo como eres, apasionado y olvidadizo, entregado e infiel, te amo así, solo así, como siempre has sido y como eres ahora. Hacía mucho que habías vuelto, lo vi por tus ventanas iluminadas, y no me escribiste. Ni una línea tuya tengo en mis últimas horas, ni una línea de ti, a quien le di mi vida. Esperé, esperé como una desesperada. Pero no me llamaste, no me escribiste ni una línea... ni una línea...

Mi hijo murió ayer. Era también tu hijo. Era también tu hijo, amado mío, el hijo de una de aquellas tres noches, te lo juro, y no se miente a la sombra de la muerte. Era nuestro hijo, te lo juro, pues ningún hombre me tocó desde aquellas horas en que me entregué a ti hasta aquellas otras en que fue arrancado de mi vientre. Me sentí sagrada por tu contacto: ¿cómo habría podido compartirme entre ti, que lo eras todo para mí, y otros que apenas rozaron mi vida? Era nuestro hijo, amado mío, el hijo de mi amor consciente y de tu ternura despreocupada, pródiga, casi inconsciente; nuestro hijo, nuestro hijo varón, nuestro único hijo. Pero ahora preguntas —quizá asustado, quizá simplemente asombrado—, ahora preguntas, mi amado, por qué te oculté a este niño todos estos largos años y solo hoy te hablo de él, ahora que yace aquí durmiendo en la oscuridad, durmiendo para siempre, ya listo para partir y no volver jamás, ¡jamás! Pero, ¿cómo podría habértelo dicho? Nunca me habrías creído a mí, la extraña, la demasiado dispuesta de tres noches, que se te abrió sin resistencia, incluso con anhelo; nunca le habrías creído a ella, la anónima de un encuentro fugaz, que te guardó fidelidad a ti, el infiel; ¡nunca habrías reconocido a este niño como tuyo sin desconfianza! Nunca, incluso si mi palabra te hubiera parecido verosímil, habrías podido desechar la sospecha secreta de que intentaba endosarte, a ti, el acaudalado, el hijo de una hora ajena. Habrías desconfiado de mí, habría quedado una sombra, una sombra volátil y esquiva de desconfianza entre tú y yo. Eso no lo quería. Y además, te conozco; te conozco tan bien como apenas te conoces tú mismo, sé que te habría resultado embarazoso, a ti que amas lo despreocupado, lo ligero, lo lúdico en el amor, convertirte de repente en padre, de repente en responsable de un destino. Tú, que solo puedes respirar en libertad, te habrías sentido de algún modo atado a mí. Me habrías odiado —

sí, sé que lo habrías hecho, en contra de tu propia lúcida voluntad— por ese vínculo. Quizá solo por horas, quizá solo por minutos fugaces te habría resultado una molestia, me habrías odiado... pero yo, en mi orgullo, quería que pensaras en mí toda la vida sin preocupaciones. Prefería cargar con todo yo misma a convertirme en una carga para ti, y ser la única entre todas tus mujeres en la que siempre pensaras con amor, con gratitud. Pero claro, nunca pensaste en mí, me olvidaste.

No te acuso, mi amado, no, no te acuso. Perdóname si a veces se desliza una gota de amargura en mi pluma, perdóname; mi hijo, nuestro hijo, yace ahí muerto bajo las velas parpadeantes; he levantado los puños al cielo y lo he llamado asesino, mis sentidos están turbios y confusos. ¡Perdóname la queja, perdónamela! Sé que eres bueno y servicial en lo más profundo de tu corazón, ayudas a cualquiera, ayudas incluso al más extraño que te lo pide. Pero tu bondad es tan peculiar, es una bondad que está abierta para que cualquiera tome todo lo que sus manos puedan abarcar; es grande, infinitamente grande tu bondad, pero es —perdóname— es perezosa. Quiere que se la recuerden, que la tomen. Ayudas cuando te llaman, cuando te lo piden, ayudas por vergüenza, por debilidad, y no por alegría. Tú —permíteme decírtelo abiertamente— no prefieres al hombre necesitado y atormentado que al hermano en la felicidad. Y a la gente como tú, incluso a los más bondadosos de ellos, es difícil pedirles algo. Una vez, cuando aún era una niña, vi a través de la mirilla de la puerta cómo le dabas algo a un mendigo que había llamado a tu puerta. Se lo diste rápidamente, e incluso mucho, antes de que te lo pidiera, pero se lo tendiste con una cierta ansiedad y prisa, como si quisieras que se fuera pronto; era como si tuvieras miedo de mirarle a los ojos. Nunca he olvidado esa tu

forma de ayudar, inquieta, esquiva, que huye de la gratitud. Y por eso nunca recurrí a ti. Cierto, sé que me habrías apoyado entonces, incluso sin la certeza de que fuera tu hijo, me habrías consolado, me habrías dado dinero, mucho dinero, pero siempre con la impaciencia secreta de apartar de ti lo incómodo; sí, creo que incluso me habrías convencido de deshacerme del niño prematuramente. Y eso era lo que más temía, porque, ¿qué no habría hecho si tú lo hubieras deseado?, ¿cómo habría podido negarte algo? Pero este niño lo era todo para mí, pues era de ti, eras tú de nuevo, pero ya no eras tú, el feliz, el despreocupado, a quien no pude retener, sino tú para siempre —así lo creía— entregado a mí, apresado en mi cuerpo, unido a mi vida. Ahora por fin te había atrapado, podía sentir cómo crecía tu vida en mis venas, nutrirte, abrevarte, acariciarte, besarte cuando mi alma ardía de deseo. ¿Ves, amado mío?, por eso fui tan feliz cuando supe que tenía un hijo tuyo, por eso te lo oculté: porque ahora ya no podías escapárseme.

Claro, amado mío, no fueron solo meses de dicha como los que presentí en mis pensamientos; también fueron meses llenos de horror y tormento, llenos de asco ante la bajeza de los hombres. No lo tuve fácil. Durante los últimos meses ya no pude ir a la tienda, para que no resultara sospechoso a mis parientes y no lo contaran en casa. No quise pedirle dinero a mi madre, así que sobreviví vendiendo las pocas joyas que tenía hasta el momento del parto. Una semana antes, una lavandera me robó las últimas coronas de un armario, así que tuve que ir a la maternidad. Allí, donde solo acuden en su necesidad las más pobres, las repudiadas y olvidadas, allí, en medio de la escoria de la miseria, allí nació el niño, tu hijo. Era para morirse allí: todo era extraño, extraño, extraño, éramos

extrañas las unas para las otras, las que yacíamos allí, solas y llenas de odio mutuo, arrojadas a esa sala sofocante, impregnada de cloroformo y sangre, de gritos y gemidos, solo por la miseria, por el mismo tormento. Todo lo que la pobreza tiene que soportar en humillación, en vergüenza física y espiritual, lo sufrí allí, en la convivencia con prostitutas y enfermas que hacían de la comunidad de destino una bajeza, en el cinismo de los jóvenes médicos que, con una sonrisa irónica, levantaban la sábana de las indefensas y las palpaban con falsa cientificidad, en la codicia de las enfermeras. ¡Oh, allí se crucifica la vergüenza de una persona con miradas y se la flagela con palabras! La placa con tu nombre, eso es lo único que eres allí, porque lo que yace en la cama es solo un trozo de carne que se retuerce, palpado por curiosos, un objeto de exhibición y estudio. ¡Ah, no lo saben las mujeres que dan a luz a sus hijos en su casa, junto a su marido que espera con ternura, lo que significa parir sola, indefensa, como en una mesa de experimentación! Y todavía hoy, cuando leo en un libro la palabra infierno, pienso de repente, en contra de mi voluntad consciente, en aquella sala abarrotada, humeante, llena de suspiros, risas y gritos sangrientos en la que sufrí, en ese matadero de la vergüenza.

Perdona, perdóname por hablar de esto. Pero solo hablo de ello esta única vez, nunca más, nunca más. He guardado silencio durante once años, y pronto callaré para toda la eternidad: una vez tenía que desahogarlo, desahogar una vez lo caro que pagué por este niño, que fue mi felicidad y que ahora yace allí sin aliento. Ya había olvidado esas horas, olvidadas hace mucho en la sonrisa, en la voz del niño, en mi dicha; pero ahora que está muerto, el tormento revive, y tenía que arrancármelo del alma, esta única, esta única vez. Pero no te acuso a ti, solo a Dios, solo a Dios, que

hizo inútil ese tormento. No te acuso a ti, te lo juro, y nunca me he alzado contra ti con ira. Incluso en la hora en que mi cuerpo se retorcía en las contracciones, en que mi cuerpo ardía de vergüenza bajo las miradas palpadoras de los estudiantes, incluso en el segundo en que el dolor me desgarraba el alma, no te acusé ante Dios; nunca me arrepentí de aquellas noches, nunca maldije mi amor por ti, siempre te he amado, siempre he bendecido la hora en que te encontré. Y si tuviera que volver a pasar por el infierno de aquellas horas y supiera de antemano lo que me esperaba, lo haría de nuevo, mi amado, ¡de nuevo y mil veces!

Nuestro hijo murió ayer. Nunca lo conociste. Jamás, ni siquiera en el fugaz encuentro del azar, este pequeño ser floreciente, tu ser, rozó tu mirada al pasar. Me mantuve oculta de ti durante mucho tiempo en cuanto tuve a este niño; mi anhelo por ti se había vuelto menos doloroso, sí, creo que te amaba con menos pasión, o al menos no sufría tanto por mi amor desde que me fue regalado. No quería dividirme entre tú y él; así que no me entregué a ti, el feliz, que vivía ajeno a mí, sino a este niño, que me necesitaba, al que tenía que nutrir, al que podía besar y abrazar. Parecía salvada de mi inquietud por ti, de mi fatalidad, salvada por este otro tú tuyo, que sin embargo era verdaderamente mío. Rara vez, muy rara vez, mi sentimiento se acercaba humildemente a tu casa. Solo hacía una cosa: en tu cumpleaños siempre te enviaba un ramo de rosas blancas, exactamente las mismas que me regalaste aquella vez, después de nuestra primera noche de amor. ¿Alguna vez en estos diez, en estos once años, te preguntaste quién las enviaba? ¿Recordaste quizá a aquella a quien una vez regalaste tales rosas? No lo sé y no sabré tu respuesta. Solo ofrecértelas desde la

oscuridad, hacer florecer una vez al año el recuerdo de aquella hora, eso era suficiente para mí.

Nunca conociste a nuestro pobre hijo. Hoy me acuso de habértelo ocultado, porque lo habrías amado. Nunca lo conociste, al pobre muchacho, nunca lo viste sonreír cuando levantaba suavemente los párpados y luego, con sus ojos oscuros e inteligentes —¡tus ojos!—, arrojaba una luz clara y alegre sobre mí, sobre el mundo entero. ¡Ay, era tan alegre, tan adorable! Toda la ligereza de tu ser se repetía infantilmente en él, tu imaginación rápida y vivaz se renovaba en él: podía jugar enamorado con las cosas durante horas, como tú juegas con la vida, y luego volver a sentarse serio, con las cejas arqueadas, ante sus libros. Cada vez se parecía más a ti; ya empezaba a desarrollarse visiblemente en él esa dualidad de seriedad y juego que te es propia, y cuanto más se te parecía, más lo amaba. Aprendía bien, parloteaba francés como una pequeña urraca, sus cuadernos eran los más limpios de la clase, y ¡qué guapo era, qué elegante con su traje de terciopelo negro o su chaquetilla de marinero blanca! Siempre era el más elegante de todos, dondequiera que fuera; en la playa de Grado, cuando paseaba con él, las mujeres se detenían y le acariciaban el largo pelo rubio; en el Semmering, cuando iba en trineo, la gente se volvía para admirarlo. Era tan guapo, tan delicado, tan afable: cuando el año pasado ingresó en el internado del Theresianum, llevaba su uniforme y su pequeño espadín como un paje del siglo XVIII. Ahora no lleva más que su camisita, el pobre, que yace allí con los labios pálidos y las manos cruzadas.

Pero quizá me preguntes cómo pude criar al niño con tanto lujo, cómo logré concederle esa vida luminosa y alegre del mundo superior. Amado, te hablo desde la oscuridad; no tengo vergüenza,

te lo diré, pero no te asustes, amado: me vendí. No me convertí exactamente en lo que se llama una chica de la calle, una prostituta, pero me vendí. Tuve amigos ricos, amantes ricos: primero los busqué yo, luego me buscaron ellos, porque yo era —¿lo notaste alguna vez?— muy hermosa. Cada uno al que me entregué se encariñó conmigo, todos me lo agradecieron, todos se aferraron a mí, todos me amaron... ¡excepto tú, solo tú no, mi amado!

¿Me desprecias ahora porque te he revelado que me vendí? No, sé que no me desprecias, sé que lo entiendes todo y entenderás también que lo hice solo por ti, por tu otro yo, por tu hijo. Una vez, en aquella sala de la maternidad, había rozado lo terrible de la pobreza; sabía que en este mundo el pobre es siempre el pisoteado, el humillado, la víctima, y no quería, por nada del mundo, que tu hijo, tu hijo luminoso y hermoso, creciera allí abajo, en la escoria, en lo sórdido, en lo vulgar de la calle, en el aire pestilente de una habitación de patio trasero. Su delicada boca no debía conocer el lenguaje de la alcantarilla, su cuerpo blanco no debía vestir la ropa húmeda y deforme de la pobreza; tu hijo debía tenerlo todo, toda la riqueza, toda la ligereza de la tierra, debía ascender de nuevo hacia ti, a tu esfera de vida.

Por eso, solo por eso, mi amado, me vendí. No fue un sacrificio para mí, porque lo que comúnmente se llama honor y deshonra carecía de sustancia para mí: tú no me amabas, tú, el único a quien pertenecía mi cuerpo, así que me resultaba indiferente lo que ocurriera con mi cuerpo. Las caricias de los hombres, incluso su pasión más íntima, no me conmovían en lo más profundo, aunque a algunos de ellos tuve que respetarlos mucho y mi compasión por su amor no correspondido, en recuerdo de mi propio destino, a

menudo me estremecía. Todos fueron buenos conmigo, los que conocí, todos me mimaron, todos me respetaron. Hubo sobre todo uno, un conde imperial viudo y mayor, el mismo que se desvivió en las antesalas para conseguir la admisión del niño sin padre, de tu hijo, en el Theresianum; me amaba como a una hija. Tres o cuatro veces me pidió que me casara con él; hoy podría ser condesa, señora de un castillo encantador en el Tirol, podría vivir sin preocupaciones, pues el niño habría tenido un padre tierno que lo adoraba, y yo un hombre tranquilo, distinguido y bondadoso a mi lado. No lo hice, por mucho que insistiera, por mucho que le doliera con mi negativa. Quizá fue una locura, porque de lo contrario ahora viviría en algún lugar tranquilo y seguro, y este niño, el amado, conmigo, pero —¿por qué no he de confesártelo?— no quería atarme, quería estar libre para ti a cada hora. En lo más profundo, en lo inconsciente de mi ser, aún vivía el viejo sueño infantil de que quizá me llamarías de nuevo, aunque solo fuera por una hora. Y por esa única hora posible lo rechacé todo, solo para estar libre para ti a tu primera llamada. ¿Qué fue toda mi vida desde que desperté de la infancia sino una espera, una espera de tu voluntad?

Y esa hora, realmente llegó. ¡Pero tú no la conoces, no la sospechas, mi amado! Tampoco en ella me reconociste. ¡Nunca, nunca, nunca me reconociste! Ya te había encontrado a menudo antes, en los teatros, en los conciertos, en el Prater, en la calle; cada vez me daba un vuelco el corazón, pero tú pasabas de largo: exteriormente era completamente otra, la niña tímida se había convertido en una mujer, hermosa según decían, envuelta en ropas costosas, rodeada de admiradores: ¿cómo podías sospechar en mí a aquella muchacha tímida en la luz crepuscular de tu dormitorio? A veces,

uno de los señores con los que iba te saludaba, tú correspondías y me mirabas: pero tu mirada era de una cortesía extraña, de reconocimiento pero nunca de reconocimiento, extraña, terriblemente extraña. Una vez, todavía lo recuerdo, este no-reconocimiento, al que casi me había acostumbrado, se convirtió en un tormento ardiente: estaba sentada en un palco de la ópera con un amigo y tú en el palco de al lado. Las luces se apagaron para la obertura, ya no podía ver tu rostro, solo sentía tu aliento tan cerca de mí, como aquella noche, y sobre la balaustrada de terciopelo que separaba nuestros palcos descansaba tu mano, tu mano fina y delicada. Y un deseo infinito me invadió de inclinarme y besar humildemente esa mano extraña, tan amada, cuyo tierno abrazo había sentido una vez. A mi alrededor, la música se agitaba con fuerza, el deseo se volvía cada vez más apasionado, tuve que contenerme, arrancarme con violencia, tan violentamente me atraían los labios hacia tu amada mano. Después del primer acto, le pedí a mi amigo que nos fuéramos. Ya no soportaba tenerte tan extraño y tan cerca a mi lado en la oscuridad.

Pero la hora llegó, llegó una vez más, una última vez a mi vida sepultada. Fue hace casi exactamente un año, el día después de tu cumpleaños. Extraño: había pensado en ti todas esas horas, porque tu cumpleaños siempre lo celebraba como una fiesta. Había salido muy temprano por la mañana y había comprado las rosas blancas que te enviaba cada año como recuerdo de una hora que habías olvidado. Por la tarde salí con el niño, lo llevé a la pastelería Demel y por la noche al teatro; quería que él también, sin saber su significado, sintiera de algún modo ese día como una festividad mística desde su juventud. Al día siguiente estaba con mi amigo de entonces, un joven y rico industrial de Brno, con el que llevaba ya

dos años viviendo, que me adoraba, me mimaba y quería casarse conmigo igual que los demás y a quien yo, de forma igualmente inexplicable, me negaba como a los demás, aunque nos colmaba de regalos a mí y al niño y era él mismo adorable en su bondad un tanto torpe y servil. Fuimos juntos a un concierto, nos encontramos allí con gente alegre, cenamos en un restaurante de la Ringstraße y allí, en medio de las risas y la charla, propuse ir a una sala de baile, al Tabarin. Este tipo de locales, con su alegría sistemática y alcohólica, como cualquier "juerga", siempre me habían resultado desagradables, y normalmente me oponía a tales sugerencias, pero esta vez —fue como una fuerza mágica insondable en mí que de repente me hizo lanzar inconscientemente la propuesta en medio de la entusiasta aprobación de los demás— tuve de repente un deseo inexplicable, como si algo especial me esperara allí. Acostumbrados a complacerme, todos se levantaron rápidamente, fuimos allí, bebimos champán, y de repente me invadió una alegría delirante, casi dolorosa, como nunca la había conocido. Bebí y bebí, canté con ellos las canciones cursis y sentí casi el impulso de bailar o de gritar de júbilo. Pero de repente —sentí como si algo frío o algo al rojo vivo se hubiera posado bruscamente en mi corazón— algo me sacudió: en la mesa de al lado estabas tú sentado con unos amigos y me mirabas con una mirada de admiración y deseo, con esa mirada que siempre me revolvía todo el cuerpo por dentro. Por primera vez en diez años me mirabas de nuevo con toda la fuerza inconsciente y apasionada de tu ser. Temblé. Casi se me cae de las manos la copa que sostenía. Afortunadamente, mis compañeros de mesa no notaron mi confusión: se perdió en el estruendo de risas y música.

Tu mirada se volvió cada vez más ardiente y me sumergió por completo en fuego. No sabía: ¿me habías reconocido por fin, por fin, o me deseabas de nuevo, como a otra, como a una extraña? La sangre me subió a las mejillas, respondí distraídamente a mis compañeros de mesa: debiste de darte cuenta de lo confundida que estaba por tu mirada. De forma imperceptible para los demás, me hiciste una señal con la cabeza para que saliera un momento al vestíbulo. Luego pagaste ostentosamente, te despediste de tus camaradas y saliste, no sin antes indicar de nuevo que me esperarías fuera. Temblaba como con escalofríos, como con fiebre, ya no podía responder, ya no podía controlar mi sangre agitada. Casualmente, en ese mismo momento una pareja negra empezó a bailar una nueva y extraña danza con taconeos y gritos agudos: todos los miraban fijamente, y aproveché ese segundo. Me levanté, le dije a mi amigo que volvería enseguida y te seguí.

Afuera, en el vestíbulo, frente al guardarropa, me esperabas: tu mirada se iluminó cuando llegué. Sonriendo, te apresuraste hacia mí; vi de inmediato que no me reconociste, no reconociste a la niña de antaño ni a la muchacha, una vez más me tomaste como algo nuevo, desconocido.

—¿Tiene una hora para mí alguna vez? —preguntaste con familiaridad. Sentí por la seguridad de tus modales que me tomabas por una de esas mujeres, por una de las que se compran por una noche.

—Sí —dije, el mismo sí tembloroso y, sin embargo, natural y consentidor que la muchacha te había dicho hacía más de una década en la calle crepuscular.

—¿Y cuándo podríamos vernos? —preguntaste.

—Cuando usted quiera —respondí. Ante ti no tenía vergüenza.

Me miraste un poco asombrado, con el mismo asombro desconfiado y curioso de entonces, cuando también te había sorprendido la rapidez de mi consentimiento.

—¿Podría ahora? —preguntaste, un poco vacilante.

—Sí —dije—, vamos.

Quise ir al guardarropa a por mi abrigo.

Entonces recordé que mi amigo tenía el resguardo del guardarropa para nuestros abrigos, que habíamos dejado juntos. Volver para pedírselo no habría sido posible sin una justificación complicada; por otro lado, renunciar a la hora contigo, la hora anhelada durante años, no quería hacerlo. Así que no dudé ni un segundo: solo me eché el chal sobre el vestido de noche y salí a la noche húmeda y neblinosa, sin preocuparme por el abrigo, sin preocuparme por el hombre bueno y tierno del que había vivido durante años y al que humillé hasta el ridículo más absoluto ante sus amigos, convirtiéndolo en alguien a quien su amante abandona después de años al primer silbido de un extraño. Oh, era plenamente consciente de la bajeza, la ingratitud, la infamia que estaba cometiendo contra un amigo honesto; sentía que actuaba ridículamente y que con mi locura hería mortalmente para siempre a un hombre bondadoso, sentía que partía mi vida por la mitad, pero ¿qué era para mí la amistad, qué era mi existencia frente a la impaciencia de volver a sentir tus labios, de oír tu palabra suave dirigida a mí? Así te he amado, ahora puedo decírtelo, ahora que todo ha pasado y se ha ido. Y creo que si me llamaras desde mi

lecho de muerte, de repente encontraría la fuerza para levantarme e ir contigo.

Un coche estaba parado en la entrada; fuimos a tu casa. Oí de nuevo tu voz, sentí tu tierna cercanía y estaba igual de aturdida, tan infantilmente feliz y confundida como entonces. Cómo subí, después de más de diez años, por primera vez de nuevo la escalera... no, no, no puedo describirte cómo sentí todo doblemente en aquellos segundos, el tiempo pasado y el presente, y en todo y en todo siempre solo a ti. En tu habitación pocas cosas habían cambiado, un par de cuadros más, y más libros, aquí y allá muebles extraños, pero todo me saludaba con familiaridad. Y en el escritorio estaba el jarrón con las rosas dentro, con mis rosas, las que te había enviado el día anterior por tu cumpleaños como recuerdo de alguien a quien, sin embargo, no recordabas, a quien, sin embargo, no reconociste, ni siquiera ahora, que estaba cerca de ti, mano a mano y labio a labio. Pero aun así, me hizo bien que cuidaras las flores: así había un soplo de mi ser, un aliento de mi amor a tu alrededor.

Me tomaste en tus brazos. De nuevo me quedé contigo toda una noche maravillosa. Pero ni siquiera en el cuerpo desnudo me reconociste. Dichosa, sufrí tus sabias caricias y vi que tu pasión no distingue entre una amante y una mujer comprada, que te entregas por completo a tu deseo con la abundancia irreflexiva y pródiga de tu ser. Fuiste tan tierno y amable conmigo, la mujer recogida del local nocturno, tan distinguido y tan cordial y respetuoso, y al mismo tiempo tan apasionado en el goce de la mujer; de nuevo sentí, mareada por la vieja felicidad, esa singular dualidad de tu ser, la pasión sabia, espiritual, en la sensual, que ya había sometido a la niña a ti. Nunca he conocido en un hombre, en la ternura, tal

entrega al momento, tal explosión e iluminación del ser más profundo, para luego, claro está, desvanecerse en un olvido infinito, casi inhumano. Pero también yo me olvidé de mí misma: ¿quién era yo ahora en la oscuridad a tu lado? ¿Era yo, la niña ardiente de antaño, era yo, la madre de tu hijo, era yo, la extraña? ¡Ah, todo era tan familiar, tan vivido, y todo de nuevo tan embriagadoramente nuevo en aquella noche apasionada! Y recé para que no terminara.

Pero llegó la mañana; nos levantamos tarde. Me invitaste a desayunar contigo. Tomamos juntos el té, que una mano servicial e invisible había preparado discretamente en el comedor, y charlamos. De nuevo me hablaste con toda la franqueza y cordialidad de tu ser, y de nuevo sin preguntas indiscretas, sin curiosidad alguna por la persona que yo era. No preguntaste mi nombre, ni mi dirección: para ti fui de nuevo solo la aventura, la anónima, la hora ardiente que se disuelve sin dejar rastro en el humo del olvido. Me contaste que ibas a hacer un largo viaje, al norte de África, por dos o tres meses; temblé en medio de mi felicidad, pues ya martilleaba en mis oídos: ¡se acabó, se acabó y olvidado! Habría querido arrojarme a tus rodillas y gritar: «¡Llévame contigo, para que por fin me reconozcas, por fin, por fin, después de tantos años!». Pero yo era tan tímida, tan cobarde, tan esclava, tan débil ante ti. Solo pude decir: «Qué lástima». Me miraste sonriendo:

—¿De verdad lo sientes?

Entonces me acometió una ferocidad repentina. Me levanté, te miré, larga y fijamente. Luego dije:

—El hombre que yo amaba también se iba siempre de viaje.

Te miré, directo a la pupila de tu ojo. «¡Ahora, ahora me reconocerá!», temblaba, bullía todo en mí. Pero me sonreíste y dijiste, consoladoramente:

—Pero se vuelve.

—Sí —respondí—, se vuelve, pero para entonces ya se ha olvidado.

Debió de haber algo extraño, algo apasionado en la forma en que te lo dije. Porque también tú te levantaste y me miraste, asombrado y muy cariñoso. Me tomaste por los hombros:

—Lo que es bueno no se olvida, a ti no te olvidaré —dijiste, y al hacerlo, tu mirada se hundió por completo en mí, como si quisiera grabar esa imagen firmemente. Y al sentir esa mirada penetrar en mí, buscando, escudriñando, absorbiendo todo mi ser, creí por fin, por fin, haber roto el hechizo de la ceguera. ¡Me reconocerá, me reconocerá! Toda mi alma temblaba ante ese pensamiento.

Pero no me reconociste. No, no me reconociste, nunca te fui más extraña que en ese segundo, porque si no... si no, nunca podrías haber hecho lo que hiciste pocos minutos después. Me habías besado, besado de nuevo apasionadamente. Tuve que arreglarme el pelo, que se me había alborotado, y mientras estaba de pie frente al espejo, vi a través de él —y creí que iba a desplomarme de vergüenza y horror—, vi cómo, de manera discreta, deslizabas unos billetes grandes en mi manguito. ¡Cómo pude no gritar, no abofetearte en ese segundo! A mí, que te amaba desde la infancia, la madre de tu hijo, ¡a mí me pagabas por esa noche! Una prostituta del Tabarin, eso era para ti, nada más. ¡Me habías pagado, pagado! No bastaba con ser olvidada por ti, tenía que ser, además, humillada.

Busqué a tientas mis cosas. Quería irme, irme rápido. Me dolía demasiado. Cogí mi sombrero, estaba sobre el escritorio, junto al jarrón con las rosas blancas, mis rosas. Entonces me invadió un impulso poderoso, irresistible: quería intentarlo una vez más, hacerte recordar.

—¿No querrías darme una de tus rosas blancas?

—Claro —dijiste, y la tomaste de inmediato.

—¿Pero no te las habrá dado una mujer, una mujer que te quiere? —dije.

—Quizá —dijiste—, no lo sé. Me las han regalado y no sé de quién; por eso las quiero tanto.

Te miré.

—¡Quizá son de alguien a quien has olvidado!

Me miraste asombrado. Te miré fijamente. «¡Reconóceme, reconóceme por fin!», gritaba mi mirada. Pero tus ojos sonreían, amables e ignorantes. Me besaste una vez más. Pero no me reconociste.

Fui rápidamente hacia la puerta, porque sentí que las lágrimas me asomaban a los ojos, y eso no debías verlo. En el vestíbulo —había salido tan precipitadamente— casi choqué con Johann, tu criado. Tímido y diligente, se apartó de un salto, abrió de par en par la puerta de la calle para dejarme salir, y entonces —en ese único, ¿oyes?, en ese único segundo en que lo miré, lo miré con los ojos llorosos, a él, el hombre envejecido— de repente un destello de luz brilló en su mirada. En ese único segundo, ¿oyes?, en ese único segundo, el anciano me reconoció, él que no me había visto desde

mi infancia. Podría haberme arrodillado ante él por ese reconocimiento y haberle besado las manos. En lugar de eso, saqué rápidamente del manguito los billetes con los que me habías flagelado y se los metí en la mano. Tembló, me miró asustado; en ese segundo, quizá sospechó más de mí que tú en toda tu vida. Todos, todos los hombres me mimaron, todos fueron buenos conmigo... ¡solo tú, solo tú me olvidaste, solo tú, solo tú nunca me reconociste!

Mi hijo ha muerto, nuestro hijo. Ahora no tengo a nadie más en el mundo a quien amar, salvo a ti. Pero, ¿quién eres tú para mí, tú, que nunca, nunca me reconoces, que pasas a mi lado como junto a un arroyo, que me pisas como a una piedra, que siempre sigues y sigues tu camino y me dejas en una eterna espera? Una vez creí retenerte, a ti, el fugitivo, en el niño. Pero era tu hijo: de la noche a la mañana se ha ido cruelmente de mi lado, para hacer un viaje, me ha olvidado y no volverá jamás. Estoy sola de nuevo, más sola que nunca, no tengo nada, nada de ti: ni hijo, ni palabra, ni una línea, ni un recuerdo, y si alguien pronunciara mi nombre ante ti, lo oirías como algo ajeno. ¿Por qué no he de morir con gusto, si para ti estoy muerta, por qué no he de seguir mi camino, si tú te has ido de mi lado? No, amado mío, no me quejo de ti, no quiero arrojar mi lamento en tu casa alegre. No temas que siga importunándote; perdóname, tenía que desahogar mi alma en esta hora, en que el niño yace allí, muerto y abandonado. Solo esta única vez tenía que hablarte; después volveré en silencio a mi oscuridad, como siempre he estado en silencio a tu lado. Pero no oirás este grito mientras yo viva; solo cuando esté muerta recibirás este legado mío, de una que te amó más que todas y a la que nunca reconociste, de una que siempre te esperó y a la que nunca llamaste. Quizá, quizá entonces

me llames, y te seré infiel por primera vez, ya no te oiré desde mi muerte: no te dejo ninguna imagen ni ninguna señal, como tú no me dejaste nada; nunca me reconocerás, jamás. Fue mi destino en la vida, que lo sea también en mi muerte. No te llamaré en mi última hora, me voy sin que sepas mi nombre ni mi rostro. Muero con ligereza, porque no lo sientes desde lejos. Si te doliera que yo muriera, no podría morir.

Ya no puedo seguir escribiendo... tengo la cabeza tan embotada... me duelen las extremidades, tengo fiebre... creo que voy a tener que acostarme enseguida. Quizá acabe pronto, quizá el destino sea benévolo conmigo por una vez y no tenga que ver cómo se llevan al niño... Ya no puedo escribir. Adiós, amado mío, adiós, te doy las gracias... Estuvo bien como estuvo, a pesar de todo... quiero agradecértelo hasta mi último aliento. Me siento bien: te lo he dicho todo, ahora sabes, no, solo sospechas, cuánto te he amado, y sin embargo no tienes ninguna carga de este amor. No me echarás de menos, eso me consuela. Nada cambiará en tu vida hermosa y luminosa... no te hago ningún daño con mi muerte... eso me consuela, amado mío.

Pero... ¿quién... quién te enviará ahora siempre las rosas blancas en tu cumpleaños? ¡Ay, el jarrón estará vacío, el pequeño aliento, el pequeño soplo de mi vida, que una vez al año soplaba a tu alrededor, también él se desvanecerá! Amado mío, escucha, te lo ruego... es mi primera y última petición... por favor, por mí, cada cumpleaños —es un día en que uno piensa en sí mismo— coge rosas y ponlas en el jarrón. Hazlo, amado mío, hazlo como otros mandan decir una misa una vez al año por un ser querido fallecido. Pero yo ya no creo en Dios y no quiero misas, solo creo en ti, solo te amo a ti y solo quiero seguir viviendo en ti... ay, solo un día al año, muy, muy

en silencio, como viví a tu lado... Te lo ruego, hazlo, amado mío... es mi primera petición y la última... te doy las gracias... te amo, te amo... adiós...

Dejó la carta, que temblaba en sus manos. Luego reflexionó largo rato. Un recuerdo confuso afloró, de una niña vecina, de una muchacha, de una mujer en un local nocturno, pero un recuerdo vago y confuso, como una piedra que brilla y tiembla sin forma en el fondo de un agua corriente. Sombras afluían y se alejaban, pero no se formaba ninguna imagen. Sentía recuerdos del sentimiento, y sin embargo no recordaba. Le parecía como si hubiera soñado con todas esas figuras, a menudo y profundamente, pero solo soñado. Entonces su mirada se posó en el jarrón azul que tenía delante, en el escritorio. Estaba vacío, por primera vez en años en su cumpleaños. Se sobresaltó: le pareció como si de repente una puerta invisible se hubiera abierto de golpe y una corriente de aire frío de otro mundo entrara en su apacible habitación. Sintió una muerte y sintió un amor inmortal: algo se abrió en su interior, en su alma, y pensó en la invisible, incorpóreo y apasionado, como en una música lejana.

0 3

Fin. ¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Empieza: «»

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

Sigue leyendo

Encontrarás el análisis de la obra, otras lecturas de Stefan Zweig y más libros completos gratis en labibliotecafilosofica.com.

Biblioteca de libros gratis ↗
Una ruta para empezar en filosofía ↗